

GRIAN

EL JARDINERO



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

EL JARDINERO

Grian

1.ª edición: febrero de 2024

Maquetación: *Isabel Estrada*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 1996, 2024, Grian

(Reservados todos los derechos)

© 2024, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-108-0

DL B 19798-2023

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

El jardinero	7
Los cantos de Dios	8
Cuando caen las hojas	10
La mala hierba	12
La flor más hermosa	14
Del amor de los árboles	16
El misterio de la vida	20
La diadema	21
El monje	23
La pequeña planta	24
Canto de amor	26
La fiesta	28
La transformación	30
El Manantial de las Miradas	33
Lo mejor de la vida	34
La extraña mirada	36
El tesoro	38
El espíritu del viento	41
Las dos máscaras	43
El espejo	45
La inseguridad	46
La guirnalda	47
El viejo olivo	49

Del amor de los esposos	50
La felicidad	53
El hada triste	57
El silencio	61
La llanura blanca	62
Bienaventurados	63
El maestro	64
Bajo la luz de la Luna	66
La perfección inmutable	68
Un deseo irresistible	71
Cuando el fruto está maduro	73
La sombra aburrida	74
La recolección	75
Amanecer	77
El rruiseñor	78
Vida	82
Incoherencia	83
El chopo y el roble	85
Recuerdos	88
La sabiduría de los árboles	91
El bosque	92
El otro Dios	94
El camino más corto	95
La cacería	97
La señal	99
El lenguaje de la Vida	103
El pino del despeñadero	106
Hijos de la Vida	108
El amor de una madre	110
El tesoro del gnomo	111
Valoración	112

Como un niño	113
La visión.	114
Las puertas del misterio	115
Las playas de la eternidad	116
La hora de partir.	118
El adiós al jardín.	120
Hacia el lejano horizonte	122

*A Nandy, compañera del sendero,
custodia del misterio de la simplicidad.*

*A Benjamín, navegante eterno
de los océanos de la Vida.*

A María, mi madre.

*A Harold Sammulu, mi amado Hayo,
maestro de armas en la búsqueda del santo grial.*

*Y a Nuestra Señora la Soterraña,
señora ancestral de las sagradas tierras de Requena.*

El jardinero

Surgió de la nada, como el rojo manto de las amapolas en la primavera; con unas sandalias de cuero y un largo bastón de madera de roble.

Deambuló por las plazas y por el mercado, preguntando por alguien que estuviera dispuesto a venderle una tierra espaciosa. Y encontró su lugar en las afueras del pueblo, junto a un arroyo cantor de destellos dorados.

Levantó una cabaña. Y a su alrededor un jardín, grande como las estelas del viento; bordado con hiedras, clemátides, pasionarias y madreselvas; salpicado de azucenas, violetas, lirios y pensamientos.

Y se sentó a la puerta de su jardín, ofreciendo su belleza y su paz a todo el que quisiera gozar de ellas. Les dijo que aquél era el jardín de la vida, y que todo aquel que quisiera hallar su paz en él tendría siempre la puerta abierta.

Los pájaros y las ardillas hicieron sus nidos en sus árboles, las hadas y los elfos buscaron refugio entre sus plantas y los hombres encontraron cobijo para su corazón entre sus flores.

Y el jardinero se dedicó a cuidar de plantas y árboles, ardillas y pájaros, hadas, elfos y hombres.

Los cantos de Dios

No es sorprendente que el jardinero resultara un tanto extraño para sus vecinos. Muchos días le veían hablar con sus plantas, acariciarlas y tratarlas con cariño. Y por otra parte, no obtenía dinero con ellas, lo cual resultaba aún más extraño para aquellas gentes.

—¿Por qué acaricias y les hablas a tus plantas, si no pueden sentir tu mano ni oírte? —le preguntó por fin uno de sus vecinos.

—¿Y cómo sabes que no me sienten ni me oyen? —respondió el jardinero.

El vecino se quedó perplejo.

—Hombre, todo el mundo sabe que las plantas no son capaces...

—Tampoco la mayoría de los hombres sienten ni escuchan a Dios —le interrumpió el jardinero—, y no por eso Dios deja de hablarnos y cuidarnos.

El vecino se encontraba cada vez más confundido. Y, sintiéndose un tanto molesto, volvió a preguntar:

—¿Y cómo sabes que existe Dios? Yo nunca lo he visto, ni lo he oído. Ni siquiera he notado los cuidados de los que hablas.

El jardinero bajó la mirada con tristeza y guardó silencio; y cuando el vecino ya pensaba que no iba a poder responderle, le miró a los ojos con ternura diciéndole:

—En las noches de Luna sólo te das cuenta de que los grillos cantan cuando se callan, y es el silencio el que te advierte de la presencia de esa vida escondida. Dios nunca ha dejado de cantar, nunca ha dejado de hablarnos y mimarnos, y es por eso por lo que la mayoría de los hombres no advierte sus caricias.

»Si Dios dejara de cantar, al instante siguiente sería demasiado tarde para darnos cuenta de que estaba allí.

Y, sonriendo, agregó:

—Pero no te preocupes. Dios jamás dejará de cantar.

—Entonces, jamás podremos convencernos de que Dios existe —respondió el vecino con una sonrisa triunfante.

El jardinero se echó a reír, y posando su mano sobre el hombro de su vecino, dijo:

—Igual que sucede con los grillos... Si haces el silencio en tu interior, el silencio te revelará los cantos de Dios.

Cuando caen las hojas

— **J**ardinero —llamó la niña desde la valla del jardín—, ¿por qué hay árboles que pierden su vestido de hojas en invierno, mientras otros se cubren del frío con las mismas hojas del verano?

—¿Por qué te lavas la cara cada mañana en el Manantial de las Miradas? ¿Por qué arreglas tu lazo ante el espejo cada día cuando el Sol se asoma por tu ventana?

El jardinero guardó silencio mientras la niña le observaba con una mirada inocente de extrañeza.

—El agua con la que lavas tu cara por las mañanas es diferente cada día —continuó el jardinero—. Y el lazo con el que adornas tus cabellos es el mismo cada día.

—No entiendo, señor.

El jardinero se acercó a la valla y, señalando los árboles del jardín, le dijo a la niña:

—No existe árbol que no pierda sus hojas. Unos desnudan sus ramas bostezando cada otoño, y otros dejan caer sus hojas poco a poco a lo largo del año, mientras hacen salir hojas nuevas que ocupan el lugar de las anteriores. Por eso a ti te parece que no cambian su ropaje verde.

—¿Y no sería más fácil tener siempre las mismas hojas, sin tener que hacer el esfuerzo de cambiarlas cada vez? —preguntó la niña mientras miraba un roble cercano.

—¿Acaso no te hace tu madre vestidos nuevos cada primavera para que estés más hermosa y puedas dejar de ponerte los viejos?

—Sí —respondió la niña mirándole a los ojos.

—Y cuando un vestido se te queda viejo, ¿qué hace tu madre con él?

—Lo convierte en trapos o en retales, para hacer colchas para mi cama.

—Pues mira bien. Con las hojas viejas, los árboles hacen una colcha de retales a su alrededor, alimentando el suelo del que luego tomarán su sustento, y dando vida a otras plantas y animales.

Un gesto de alegre asombro se dibujó en la cara de la niña.

—¡Cuánto saben los árboles, jardinero!

Un estremecimiento recorrió la espalda del hombre, al contemplar los ojos inocentes de la niña.

—Sé, pues, sabia como los árboles, y cuando la vida te pida que dejes caer las viejas hojas de tu mente y de tu corazón, no dudes en hacerlo, para que tu alma pueda disponer de un vestido nuevo cada primavera.

La mala hierba

En cierta ocasión en que el jardinero se disponía a arrancar una mala hierba que crecía justo al lado de una de las plantas más valiosas y singulares del jardín, le pareció escuchar dentro de su pecho algo similar a una voz que decía:

«¡No, por favor, no me arranques! ¡Déjame seguir viviendo!».

El jardinero, confundido, se detuvo, abriendo los ojos con asombro.

«Quizás mi imaginación desea jugar conmigo. O quizás esta planta tiene algo que mostrarme», pensó mientras miraba con extrañeza a aquella disonancia de su jardín.

—Si les hablo yo a las plantas y a los árboles, ¿por qué no me van a hablar ellos a mí? —se preguntó en voz alta.

De manera que decidió no arrancar aquella mala hierba que, con el tiempo, siguió creciendo hasta llegar a cubrir bajo sus hojas a la tan estimada planta.

Una tarde de mayo se desató una tormenta, y un fuerte granizo arruinó gran parte del jardín. Al terminar de llover salió el jardinero a recorrer sus senderos, lamentándose resignadamente de lo sucedido, entre flores deformes y hojas perforadas.

Casi no se atrevía a mirar cuando llegó al lugar en donde se encontraba la preciada planta que, para su sorpresa, se

mantenía intacta, mientras la mala hierba que la cubría yacía destrozada a sus pies.

El jardinero miró con ternura aquella mala hierba a la que había intentado arrancar y, reflexionando para sí, dijo en voz baja:

—A veces, lo que nos parece feo, disonante y erróneo realiza hermosos trabajos que no superaría la más bella de las criaturas.

La flor más hermosa

— **T**e veo triste y pensativa —le dijo el jardinero a la silenciosa muchacha.

Ella le miró con los ojos apagados y, sin contestar, volvió a bajar la cabeza.

—¿Qué te ha pasado para estar hoy tan sombría? Todos los días vienes a mi jardín al atardecer, y todos los días te conviertes en la flor más tierna y fragante...

—No soy ninguna flor hermosa —interrumpió la muchacha.

El jardinero calló.

—Hoy he visto mi imagen en el lago del Espejo —continuó ella sin levantar la cabeza—. Por fin me hice mujer..., pero no poseo la belleza con la que tanto soñé.

El jardinero entendió.

—Todo el mundo dice que las rosas son las flores más hermosas. ¡Y en verdad que lo son! —afirmó, mientras la muchacha volvía su rostro hacia él—. Y, sin embargo, a mí me gusta la pequeña verbena que crece a los pies de los rosales, y disfruto contemplando los traviesos pensamientos, los estirados e introvertidos tulipanes, y las margaritas del campo, libres bajo el Sol.

—¿Quieres decir, jardinero, que hay más belleza en las verbenas que en las rosas?

El jardinero dilató su mirada en el cielo del atardecer.

—Quiero decir que la Belleza no está realmente en esa o aquella flor más que aquí o allí. La Belleza está en la mirada que contempla. Si la mirada es lo suficientemente atenta, encontrará a la diosa Belleza allá donde mire, porque ella dio a luz todo lo que existe.

»Mas, si aun así desearas ser más hermosa y convertirte en una imagen de la diosa en la Tierra, mira al cielo, contempla las grandes nubes que surcan majestuosamente el azul, y mira bien que las brillantes nubes algodonosas de formas redondeadas y perfectas palidecen en belleza ante aquellas otras que, perforadas por los vientos, permiten el paso de los rayos del Sol.

El jardinero calló un instante mientras dirigía su mirada a la muchacha, que ahora observaba las nubes.

—Deja que la luz de tu alma salga por todos los poros de tu piel, y todo el mundo verá en ti la más radiante Belleza.

Del amor de los árboles

La llegada del otoño comenzaba a anunciarse en el vergel del jardinero. Los robles y los arces habían empezado a desnudarse tímidamente, dejando caer una hoja aquí, otra allí, en el verde césped de las inmediaciones del estanque.

Una pareja de jóvenes que acostumbraban a buscar sus arrullos en las soledades del jardín fueron a ver al jardinero.

—Perdona que te molestemos, jardinero, pero te tenemos por persona sabia y buena, y nos gustaría que nos dieras consejo para la nueva vida que mi amada y yo vamos a comenzar. Muy pronto vamos a unir nuestras vidas en matrimonio, y te agradeceríamos que nos dijese cómo debemos cuidar nuestro amor, para que no se marchite con el tiempo.

—No hay nadie sabio y bueno —respondió el jardinero con una sonrisa—, pues la sabiduría y la bondad son como un agujero en el suelo: cuanto más grande es, más vacío lo encuentras. Pero, ya que me pedís consejo, os diré lo que la Vida tuvo a bien mostrarme, a veces con golpes severos, a veces con una caricia.

E invitándolos a sentarse en el césped, les dijo:

—Ved que vuestro amor no sea como el del muérdago hacia el roble, que hunde las raíces en su tronco para chupar su savia y su fuerza. Que no sea como el de la aliaga con el

retoño de pino, que crece y lo envuelve hasta asfixiarlo entre sus espinas.

»Buscad, más bien, que vuestro amor sea como el de los árboles. Cada uno abrazando la tierra con sus propias raíces, elevándose al Sol de la mañana con los brazos extendidos al cielo, dando gracias por cada nuevo amanecer.

»Y llevad cuidado en asentar vuestras raíces a suficiente distancia, no sea que la fuerza de las ramas de uno haga huir a las ramas del otro torciendo su tronco e impidiéndole buscar las nubes.

»Velad, pues, por mantener en cada momento la distancia justa, para que la tierra humedezca sobradamente vuestras raíces y el viento pueda limpiar de hojas secas vuestras ramas. Para que podáis hacer una copa amplia y robusta que dé sombra al caminante y nido a los pájaros del cielo.

»Y así, cuando crezcáis y hayáis esparcido vuestras semillas al viento, las puntas de vuestras ramas se tocarán en las alturas, para que bailéis con regocijo al son de la Danza de la Vida.





El misterio de la vida

El bosque engalanaba su alma ante la cálida paz del verano con un entramado de troncos de luz creados por el Sol, en su intento de perforar la espesura de su dosel.

El calor, sensible como la mano de un amigo sobre el hombro, parecía invitar al jardinero a tomar un descanso en la umbría del manantial.

Los esfuerzos quedaban atrás. El sentido que había llevado su vida hasta aquel momento se desperzaba al final de su siesta estival; y la suma de sus logros y fracasos se desvanecía como una mariposa en la espesura del bosque.

Con el sosiego en la mirada y el corazón desnudo, el jardinero se recostó en el tronco de un olmo, aspirando el aliento del bosque entre los helechos.

En un instante eterno, la semilla de un pino se lanzó al vacío desde el árbol que le diera vida, y cayó haciendo torbellinos con su aleta hasta el suelo fértil de la umbría.

Dos lágrimas trémulas asomaron a los ojos del jardinero, que, en voz muy baja, le dijo al árbol:

—Gracias, hermano pino, por mostrarme el más profundo misterio de la Vida.

La diadema

En las noches apacibles, el jardinero gustaba de dar lentos paseos por los senderos de su jardín.

Una noche en que la Luna se miraba en el espejo del estanque, el jardinero vio un tenue resplandor entre las azaleas. Se acercó a ellas y, al apartar los tallos que le impedían ver el origen de aquella luz, se encontró con un hada minúscula que iba de aquí para allá por entre las flores.

El hada se volvió hacia él al oír el rumor de las hojas.

—Hola, jardinero —le dijo.

Y dándole la espalda continuó con aquello que estaba haciendo.

—¿Quién eres tú? —le dijo suavemente el jardinero.

El hada se volvió de nuevo y, con un gesto de impaciencia, le contestó:

—Un hada. ¿No lo ves?

Y siguió con su quehacer.

El jardinero se quedó observando el estilizado cuerpo con alas de libélula del hada, y su largo cabello negro como la noche, mientras revoloteaba por aquí y por allí entre las flores de las azaleas.

—¿Y qué estás haciendo? —se animó a preguntar al cabo de un instante.

—Estoy buscando mi diadema de polen dorado —le contestó sin detenerse esta vez—. La perdí esta mañana mientras pintaba estas flores, y no se dónde ha podido caer.

—Déjame que te ayude —le dijo el jardinero.

Y poniéndose a cuatro patas, se metió cuidadosamente entre los arbustos.

Apartando las hierbas y las piedrecillas con las puntas de los dedos, dio por fin con un evanescente aro dorado del tamaño de un anillo.

—¿Es esto? —dijo, sin atreverse a tocarlo por temor a desgranarlo.

—¡Sí! —contestó el hada saltando de alegría.

Con un veloz revoloteo se precipitó sobre la diadema, y con un gesto delicado se la puso en el cabello. Una preciosa sonrisa apareció en su cara mientras miraba al hombre.

—¡Gracias, jardinero!

—¡Oh!... ¡Bueno..., no tiene importancia! —dijo él un tanto turbado.

Sin darle tiempo a comprender lo que estaba sucediendo, el hada se puso ante su cara con un rápido vuelo... y con una dulzura exquisita depositó un beso en su nariz. Le miró brevemente y desapareció revoloteando entre las frondas del jardín.

El jardinero se quedó un largo rato sentado en el suelo, intentando asimilar lo que había ocurrido.

Al día siguiente, toda la gente en el pueblo hablaba del resplandor dorado de la nariz del jardinero.

El monje

Un monje llegó al jardín cuando las tardes del otoño tiñen de rojo el horizonte.

Sin decir ni una palabra, se aposentó en la cabaña del jardinero, y allí estuvieron durante tres días y tres noches, compartiendo los dos hombres el pan, los trabajos del jardín y los atardeceres en el viejo roble de la fuente.

Ni una palabra se cruzó entre ellos; tan sólo miradas de simpatía y alguna que otra palmada en la espalda.

Cuando el monje partió, se estrecharon las manos y, sin decir ni una palabra, se prometieron amistad para siempre.

La pequeña planta

Un hombre que acostumbraba a buscar solaz en el jardín del jardinero le dijo a éste en cierta ocasión:

—Jardinero, muchas veces te veo trabajando con las plantas que con tanto halago estás cuidando ahora. Por lo que veo, éstas deben de ser tus plantas preferidas, cuando tanto mimo y cuidado les prestas.

El jardinero esbozó una sonrisa amable.

—El que me veas dedicarle tanto tiempo a estas plantas no significa que sean mis preferidas. En realidad, todas las plantas y árboles de mi jardín están en mi corazón. Lo que ocurre es que a cada planta y árbol debo dedicarles un tiempo diferente, según su crecimiento y sus necesidades.

—Pero habrá alguna planta que sea tu preferida... —insistió el hombre.

—Bueno... Es cierto que hay una planta por la que siento algo especial —dijo el jardinero bajando la cabeza.

—¿Me podrías mostrar cuál es, jardinero?

—Es una pequeña planta de flores blancas que se encuentra junto a la puerta de mi cabaña —contestó el jardinero.

—Sabes que vengo a menudo a tu jardín, y, sin embargo, nunca te he visto cuidar esa planta —dijo el hombre con un gesto de perplejidad.

El jardinero esbozó una sonrisa.

—Hay plantas que necesitan más cuidados que otras. Cuando una planta crece desgarbada y no da flores, hay que podarla y alimentarla. Cuando un árbol crece torcido, hay que enderezarlo con una vara. Pero cuando una planta da lo mejor que hay en ella, no es necesario hacerle nada, sino dejarla que por sí misma crezca y se llene de flores. Así es mi pequeña planta de la cabaña.

»Cuando en las noches de verano salgo a sentarme a la puerta de mi casa, hablo con ella; y le cuento mis esperanzas y anhelos, mis derrotas y mi dolor, mis sentimientos y mis sueños. Y ella me comprende desde el guiño de sus pequeñas flores y me alivia con el aroma de su perfume. Y cuando entro y salgo, y cuando voy y vuelvo, ella siempre me está esperando para decirme adiós o darme la bienvenida.

E invitando al hombre a pasear con él por los senderos del jardín, dijo el jardinero:

—Todas las plantas y los árboles de mi jardín están en mi corazón, pero sólo mi pequeña planta de la cabaña conoce mi alma.